



Dedicado a **Don Hillegas** (1944-2002), un *newyorker* que sabía de su ciudad como nadie sin traspasar para ello la frontera que a sí mismo se había impuesto a la altura de la calle 14.

“Nueva York -escribe Sara Lockwood- es un gigante juvenil de trescientos años, con una altura de veinte kilómetros y tumbado de espaldas; sus pies están en la Batería; su columna vertebral, tan recta, es



PAUL A. MAO

la Quinta Avenida; sus costillas son las calles transversales; sus ojos son Broadway, y Park Avenue su hígado; su vientre las dos estaciones; su cabeza se encuentra en Harlem; sus brazos se extienden por encima de los ríos; su dinero lo guarda en su calcetín, en un sitio seguro, llamado Wall Street. En cuanto a su corazón, carece de ese órgano”.

Paul Morand, *Nueva York* (Espasa Calpe)

y

El Manhattan del siglo XXI

es como un gran escaparate

repleto de escenarios

cinematográficos reales

o posibles que enorgullecen

a sus habitantes. A ras de

suelo está dominado por las

triviales cafeterías Starbucks

y los drugstores de Duane

Reade, pero cuando

lo vemos en pers-

pectiva descubrimos

su imponente esqueleto:

se difuminan los colores

y reaparece el paisaje

de las películas de Jules

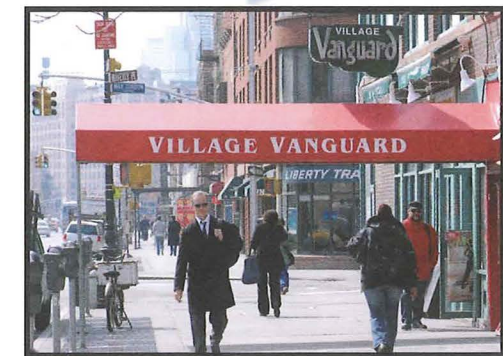
Dassin y de tantos *elepés*

de nuestra discoteca.



Vista de Manhattan desde Staten Island.

Village Vanguard vende y agota sus entradas desde una página web. A mediados de octubre pasado, en Blue Note se celebraba el ochenta cumpleaños del saxofonista Jimmy Heath con asistencia de amigos y conocidos como Clark Terry. Demasiados veteranos juntos, pensamos. No pudimos optar por el trío de Brad Mehldau en el Vanguard, aunque acabábamos de verlo en Valencia, así que nos acercamos a Small's, que nos gustó, con su aspecto ortodoxamente bohemio. Grant Stewart actuaba en cuarteto. Mención aparte merece el Dizzy's bar Coca-Cola, que forma parte del Lincoln Center regentado por Marsalis y se encuentra en las modernas torres Time Warner, en una esquina de Columbus Circle. Este lujoso y espacioso club tiene una pared de cristal a través de la cual



del contrabajista Peter Ind, que es como leer el *¡Hola!* en versión jazzística. Otro día, después de una cena bien regada con vino, se me ocurrió entrar en un Virgin Megastore, sobre todo en busca de DVDs, y temerariamente inicié una conversación sobre Jacques Tourneur con un erudito dependiente de raza negra. Entre mi mal inglés y la música de fondo (toda la ciudad está llena de música de fondo, hasta los restaurantes más exquisitos) apenas le entendía, y opté por los monosílabos y la sonrisa cortés. Salí de allí con un disco del cantante Julius La Rosa y una copia de *Retorno al pasado* para reemplazar la pésima edición española de Manga Films.

Justo el día de volver visitamos Jazz Record Center, esa tienda de discos escondida en el piso octavo de un edificio bastante anodino. El

aspecto y el olor de afición añeja, con carteles que amarillean en las paredes; los anaqueles que alcanzan hasta el techo, repletos de discos y cajas de cartón llenas de misteriosos secretos; los clientes sigilosos, armados de papellitos sobados; la mezcla de *elepés* de segunda mano, de libros y de ficheros, todo aquello despertó un antiguo gusanillo en mi interior. "Se te ha puesto cara de glaciador", me dijo mi mujer. Delante de todas aquellas delicias jazzísticas mi expresión boquiabierta era la misma de un par de años atrás, cuando visitamos maravillados el Perito Moreno, en Argentina. A modo de respetuoso saludo compré un par de discos compactos de Venus Records, sendos tríos de Steve Kuhn y Kenny Barron. Buena parte de los *cedés* en ese rincón neoyorquino, por cierto, procedían de sellos españoles como Fresh Sound y LoneHillJazz. ●

Nueva York, una mirada

El típico viaje a Nueva York de un aficionado español al jazz ha debido cambiar mucho de unos años a esta parte. Hablo por puro sentido común, no por experiencia, pero supongo que antes era necesario cargar provisiones para el regreso y atiborrarse de experiencias musicales irrepetibles. Al menos yo lo hubiera hecho así: comprar en las tiendas las grabaciones de Coltrane o Gillespie que sería imposible encontrar en España, conseguir los últimos libros de, pongamos, James Lincoln Collier y Nat Hentoff y visitar esos santuarios en los que actuaban regularmente los músicos que tanto amamos: Village

Vanguard (Max Gordon todavía debía de andar por allí), Village Gate, Birdland, Sweet Basil, Bradley's.

Mi primera visita a Nueva York (luna de miel, octubre 2006) ha llegado cuando mi mundo ya no gira en torno al jazz con la intensidad de antes, es cierto, pero nadie puede negar que la situación del jazz y la propia ciudad también han cambiado mucho. Hoy es más práctico adquirir desde casa, a través de Internet, los libros y los discos, mercancía pesada donde las haya. De ese modo es más fácil correr por la terminal del aeropuerto, y uno suspira de alivio cuando Iberia le pierde las maletas: al menos los compactos no iban

desapasionada (o casi)

ahí. En cuanto a los músicos, muchos de ellos son como de nuestra familia, a fuerza de venir a visitarnos, y no tenemos ganas de repetir cuando vamos a su país. Se diría que si recalán en Nueva York lo hacen obligados a cumplir con un ritual laboral diferente: el jazz forma parte de las atracciones que los turistas nipones buscan ansiosamente en Manhattan.

Es una exageración, claro, pero sólo relativa. El Blue Note es una multinacional con sucursales en Europa y en Japón, cuyo cartel se parece mucho al de nuestros festivales, y el público probablemente no varía mucho de continente en continente, mientras que el

se ve Central Park. Como casi todo el resto de Nueva York parece haberse desprendido sin traumas del tabaco, y exhibe una atmósfera diáfana y saludable, igual que la música que programa. Nosotros escuchamos a Harry Allen con el trío de Romero Lubambo y Maucha Adnet en un homenaje a Getz y los Gilberto.

Por curiosidad, y también por disciplina, visité algunas de las sucursales de Barnes & Noble diseminadas por la ciudad, pero la oferta en literatura musical es bastante magra. Como había agotado la novela (mala) de John Connolly que llevé para el avión, compré la nueva edición de *Jazz Anecdotes*,